

FRASQUITA LARREA. UNA VIDA EN EL CAMINO

José María Ferri Coll

Universidad de Alicante

Resumen

En la conformación de las ideas de Frasquita, el viaje es mimbres necesario. En el plano metafórico, el desplazamiento de unos lugares a otros es imagen del constante movimiento que caracteriza el devenir de hechos y la mudanza de costumbres, estéticas, lenguas, ideas políticas, etc. En el plano real, los viajes sirvieron a Frasquita para per-trecharse de primera mano de valiosa información, así como para introducir la perspectiva en su valoración de los hechos que observa. A través de cartas y diarios, sobre todo, el lector actual puede ir penetrando en la experiencia de la gaditana y en la relevancia de aquella para entender mejor su pensamiento. Probablemente, Frasquita se sintió muy impresionada por la última obra de Mary Wollstonecraft (1759-1797) *Cartas escritas durante una corta estancia en Suecia, Noruega, y Dinamarca* (1796), que Larrea tradujo parcialmente. El motivo del viaje, las impresiones del paisaje en el alma de su contemplador, el significado de los aspectos del vivir en diferentes países, la opresión de las mujeres, el sistema político, el debate estético, la importancia de la fantasía y de lo sublime en el arte, la configuración imaginaria del lugar romántico, etc. comparecen en las *Cartas* de Wollstonecraft y encandilaron a buen seguro a nuestra autora.

Palabras clave

Frasquita Larrea, viaje romántico, estética de entresiglos (XVIII-XIX)

Abstract

In the formation of the ideas of Frasquita, the trip is necessary wicker. In the metaphorical plane, the displacement of some places to others is the image of the constant movement that characterizes the future of facts and the move of customs, aesthetics, languages, political ideas, etc. On the real plane, trips served to Frasquita to perrech first hand of valuable information, as well as to introduce the perspective in its assessment of the facts she observes. Through letters and newspapers, above all, the current reader can penetrate the experience of the Cádiz and the relevance of that to better understand his thinking. Probably, Frasquita felt very impressed by the last work of Mary Wollstonecraft (1759-1797) *Letters Written during a Short Residence in Sweden, Norway and Denmark* (1796), which Larrea partially translated. The reason for the trip, the impressions of the landscape in the soul of its contemplator, the meaning of the aspects of living in different countries, the oppression of women, the political system, the aesthetic debate, the importance of fantasy and the sublime in art, the imaginary configuration of the romantic place, etc. appear in Wollstonecraft's *Letters* and our autor loved it.

Keywords

Frasquita Larrea, romantic trip, *entresiglos* aesthetic (18th and 19th centuries)

Parece normal que Francisca Ruiz de Larrea hubiera preferido nacer un siglo más tarde¹, pues su existencia estuvo marcada por sucesi-

¹ Se lo dijo a su marido en carta de 13 de junio de 1810: «¿Qué periodo de tribulación y de pena! ¿Por qué no he nacido un siglo más tarde? ¡en el siglo que ha de juzgar a este! Algunas veces lo alcanzo con la imaginación, y entonces gozo de una clase de consuelo, porque pienso en mis nietos, que heredarán mi sangre y mi tête exaltée, como me dice el general V. [illatte] [...]. Ya no leo sino la historia. ¡Y qué triste lectura es! ¡Siempre lo mismo: millares de locos sacrificándose por un ambicioso, por un déspota!» (en Antonio OROZCO ACUAVIVA, *La gaditana Frasquita Larrea, primera romántica española*, Jerez de la Frontera, Sexta, 1977, págs. 238-239). Modernizo ortografía y puntuación en todas las citas que proceden de esta edición, manteniendo mayúsculas, cursivas y puntos suspensivos del original. Indico solo el número de página a continuación de la cita. La contextualización de los libros de viajes de Frasquita procede de mi artículo «La culta Francisca Ruiz de Larrea (1775-

vos cambios en la esfera estética, política e incluso familiar. Por lo que dejó escrito en sus cartas conservadas, el movimiento constante fue el rasgo más perseverante de su vida. Dedicó mucho tiempo a reflexionar sobre el significado y alcance de los acontecimientos nuevos que se iban sucediendo y acomodando al mundo que ella había conocido desde su niñez². La afición por analizar el acontecimiento político resultaba más extraña que su consagración a la práctica literaria, que, sin ser generalizada entre las mujeres ni siempre bien vista, tenía una mayor aceptación³. Pero más excepcional hubo de ser el afán con que nuestra autora escudriñaba la sucesión de acontecimientos públicos⁴, aunque también se ha relativizado el

1838), polemista en el debate estético y político de entresiglos», *Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII*, 32 (2022), págs. 199-231.

² Resulta asimismo relevante el hecho de que una mujer tuviera interés por involucrarse en debates estéticos y políticos. Hespelt identificó esta actitud con un signo de feminismo (E. Herman HESPELT, «Francisca de Larrea, a Spanish Feminist of the Early Nineteenth Century», *Hispania*, 13, 3 (May, 1930), págs. 173-186; pág. 173). Véanse al respecto los trabajos más recientes de Milagros FERNÁNDEZ POZA, «Francisca de Larrea y Aherán. En torno a los orígenes del romanticismo y feminismo en España, 1790-1814», en C. Segura y G. Nielfa (eds.), *Entre la marginación y el desarrollo. Mujeres y hombres en la historia*, Madrid, Instituto de Investigaciones Feministas / UCM / Ediciones del Orto, 1996, págs. 129-143; y Frasquita Larrea y Fernán Caballero. *Mujer, revolución y romanticismo en España, 1775-1870*, El Puerto de Santa María, Ayuntamiento, 2001.

³ Incluso sobre la creación literaria de las mujeres, la historiografía literaria ha venido siendo desdeñosa. Véase el trabajo de Ángeles EZAMA GIL, «El canon de escritoras decimonónicas españolas en las historias de la literatura», en *La elaboración del cañón en la literatura española del siglo XIX*, Barcelona, PPU, 2002, págs. 149-160.

⁴ En general, sobre esos años, hay que consultar el panorama trazado por M.^a José RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE LEÓN, «Literatura y política: la función de la literatura en las primeras décadas del siglo XIX», *Revista de Literatura*, LXXIV, 148 (2012), págs. 401-428. Sobre Frasquita en particular, Marieta CANTOS CASENAVE, «El discurso de Frasquita Larrea y la politización del romanticismo», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 10 (2002), págs. 3-13; pág. 9. De la misma autora deben consultarse asimismo «El patriotismo anticonstitucional de una mujer gaditana: Frasquita Larrea (1775-1838)», en Alberto Ramos Santana (coord.), *La ilusión constitucional: pueblo, patria, nación*, Cádiz, Universidad, 2002, págs. 129-142; «Del cañón a la pluma. Una visión de las mujeres en la guerra de la Independencia», en Sisinio Pérez Garzón (ed.), *España 1808-1814. De súbditos a ciudadanos*, Madrid, Sociedad Don

peso de las opiniones políticas de Frasquita, entendiendo que estas se debieron o bien al contexto o bien a la propia necesidad de la autora de supervivencia⁵. A mi juicio, todas las opiniones políticas de Frasquita, como las del resto de sus coetáneos, fueron experimentando cambios y se vieron matizadas y hasta refutadas por los mismos interesados. Era normal en un periodo tan inestable e inseguro, como también lo fue recurrir a tópicos muy extendidos durante la Guerra de la Independencia, como el odio al francés, encarnado sobre todo en Napoleón, su hermano José y alguno de sus generales; el desprecio a Godoy; el amor a Fernando, la exaltación del valor del pueblo español, etc. En cualquier caso, no se puede negar el interés de Frasquita por los temas políticos, su buena información, el seguimiento que hace de la actualidad a través de todas las fuentes posibles, privadas y públicas, así como el lugar que ocupan estos en todos sus escritos. Me parece que su visión idealizada de la historia con los barnices del romanticismo alemán sobre todo la llevó a incardinar los asuntos políticos en los estéticos con la intención de mostrar una estampa nacional producto más de su fantasía que del análisis objetivo de los hechos históricos. En este punto también se debió de sentir muy sugestionada por las vienasas *Lecciones* (1808) de Augusto Schlegel (1767-1845). Cuando Frasquita remitió una carta a este en 1813, nuestra autora precisamente recordó al alemán que este había escrito sobre la poesía española y sobre el carácter nacional con «harta imaginación» (pág. 105). Y en una epístola en que la remitente podía haberse explayado sobre sus lecturas y preferencias literarias europeas, Frasquita no se dejó en el

Quijote de Conmemoraciones Culturales de Castilla La Mancha y Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2008, págs. 267-286; «Entre la tertulia y la imprenta, la palabra encendida de una patriota andaluza, Frasquita Larrea (1775-1838)», en Irene Castells Oliván, M. Gloria Espigado Tocino y María Cruz Romeo Mateo (coords.), *Heroínas y patriotas: mujeres de 1808*, Madrid, Cátedra, 2009, págs. 269-294; y junto con Beatriz Sánchez Hita, «Escritoras y periodistas ante la Constitución de 1812 (1808-1823)», *Historia Constitucional*, 10 (2009), págs. 137-179 y «Al socaire de la Constitución de 1812. Escritoras, periodistas y papeles públicos (1808-1823)», en Irene Castell (coord.), *Mujeres y constitucionalismo español. Seis estudios*, Oviedo, In Itinere, 2014, págs. 211-272.

⁵ Es el caso de Milagros FERNÁNDEZ POZA, «Frasquita Larrea: Entre la Ilustración y el Romanticismo. Apuntes biográficos de una vida en el umbral de la Modernidad», en M.^a José de la Pascua Sánchez y Gloria Espigado Tocino (eds.), *Frasquita Larrea y Aherán. Europeas y españolas entre la Ilustración y el Romanticismo (1750-1850)*, Cádiz, Universidad, 2003, págs. 25-53; págs. 38-39.

tintero la alusión a su patriotismo, presentándose como «una española que ama con entusiasmo su patria» (pág. 105)⁶. En la constitución del catálogo de valores patrios, las ventajas que ofrecía la idealización romántica nacionalista frente a la filosofía ilustrada universalista eran obvias. A lo anterior hay que sumar que la gaditana apenas puso en letra de molde sus escritos, por lo que su difusión fue limitada y quedó reducida a determinados círculos y formatos, como el de la correspondencia personal o la tertulia⁷. Cuando Frasquita deja descansar la fantasía, percibimos cómo el tópico manoseado da paso a un análisis menos maniqueo de la actualidad, menos abstracto y más equilibrado. Un ejemplo que me ha llamado la atención es la benevolencia con que relata la estancia en su casa del general Villatte durante la ocupación francesa de Chiclana en 1811, precisamente cuando la galofobia ganaba terreno, excepto en los reducidos círculos afrancesados y en las cabeceras periodísticas dirigidas por estos.

En uno de los primeros acercamientos críticos a la obra de Frasquita, Blanca de los Ríos defendió la evolución estética de la gaditana:

⁶ Parece que ese modo de presentarte compareció también en textos de carácter político y propagandístico como el titulado *Saluda una andaluza a los vencedores de Austerlitz*, en *Demostración de la lealtad española*. Colección de proclamas, bandos, órdenes, discursos, estados de ejército, y relaciones de batallas publicadas por las Juntas de Gobierno, o por algunos particulares en las actuales circunstancias (Tomo IV), Cádiz, Imprenta de Manuel Ximénez Carreño, 1808, págs. 105-106. Sobre las proclamas escritas por Frasquita, véanse las editadas por Marieta CANTOS CASENAVE (ed.), *Los episodios de Trafalgar y las Cortes de Cádiz en las plumas de Frasquita Larrea y Fernán Caballero*, Cádiz, Diputación, 2006. También conviene leer en ese sentido el trabajo de Milagros FERNÁNDEZ POZA, «Diarios y escritos políticos de Frasquita Larrea Böhl de Faber. Romanticismo y nacionalismo (1808-1814)», en Mercè Morales (coord.), *Actes del Congrés Ocupació i Resistència a la Guerra del Francès (1808-1814)*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 2007, págs. 211-222. Por lo que hace al patriotismo de las españolas hay que tener en cuenta el trabajo de Gloria ESPIGADO TOCINO, «Armas de mujer: El patriotismo de las españolas en la Guerra de la Independencia», en Emilio de Diego (dir.) y José Luis Martínez Sanz (coord.), *El comienzo de la Guerra de la Independencia*. Congreso Internacional del Bicentenario, Actas Editorial, Madrid, 2008, págs. 709-749.

⁷ Véase sobre el particular el trabajo de Marieta CANTOS CASENAVE, «Entre la tertulia y la imprenta, la palabra encendida de una patriota andaluza, Frasquita Larrea (1775-1838)», en Irene Castells Oliván, M. Gloria Espigado Tocino y María Cruz Romeo Mateo (coords.), *Heroínas y patriotas: mujeres de 1808*, Madrid, Cátedra, 2009, págs. 269-294.

Frasquita, que por su nacimiento y educación pertenecía al siglo xviii, y bebía por todas la raíces de su espíritu del sentimentalismo de Rousseau y de la vaga poesía osiánica, aunque su fuerte atavismo español la inclinara siempre al hercúleo realismo y al genio romántico de Shakespeare, sintió, hasta el delirio el influjo de Chateaubriand⁸.

Hay que recordarlo. Frasquita nació en 1775, coincidiendo con los últimos años del reinado de Carlos III, en un momento en que se iban acumulando en el ámbito de la cultura ilustrada europea síntomas claros de nuevas inquietudes intelectuales y estéticas. El empirismo inglés y el sensismo francés habían echado raíces. Asimismo, la corriente conocida como *Sturm und Drang* fue levantando sus propias barricadas contra el racionalismo ilustrado a partir de 1750. Del año siguiente al del nacimiento de nuestra autora es precisamente el drama de Friedrich Maximilian (1752-1831) que dio nombre al movimiento. En torno a 1775 habían venido al mundo algunas de las figuras más representativas del futuro movimiento romántico: August Schlegel (1767), Chateaubriand (1768), Wordsworth (1770), Scott (1771), Novalis (1772), Friedrich Schlegel (1772), Hoffmann (1776) y Fóscolo (1778). Antes que ellos, Young (1683), Rousseau (1712), Burke (1729), Goethe (1749), Schiller (1759), Madame de Stäel (1766), entre otros, han sido vinculados en mayor o menor

⁸ Blanca DE LOS RÍOS, «Doña Francisca Larrea de Böhl de Faber. Notas para la historia del Romanticismo en España», *Revista Crítica Hispano-Americana*, II, 1 (1916), págs. 5-18; pág. 15. Más tarde publicado en *Raza Española*. *Revista de España y América*, mayo-junio (1925), págs. 3-17. Una revisión del asunto se puede leer en el trabajo de Guillermo Carnero, «Francisca Ruiz de Larrea (1775-1838) y el inicio gaditano del romanticismo español», en Marina Mayoral (coord.), *Escritoras románticas españolas*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1990, págs. 119-130. Allí puede leerse: «Francisca Ruiz de Larrea [...] merece estar presente en cualquier panorama de la participación femenina (o masculina) en el inicio del Romanticismo español, sin que con ello se trate de recabarle un papel de primera fila, que desde luego no le corresponde, en el palmarés del mérito literario, aunque sí en la cronología española del movimiento en el siglo xix y de su debate teórico» (pág. 119). Y ahora en su *Romanticismo y Nacionalismo en España. El debate inicial (1805-1820)*, Madrid, Maia Editores, 2022. Milagros FERNÁNDEZ POZA, por su parte, ha publicado una acertada revisión de la biografía de nuestra autora en su trabajo ya citado («Frasquita Larrea: Entre la Ilustración y el Romanticismo. Apuntes biográficos de una vida en el umbral de la Modernidad», págs. 25-53).

medida con el romanticismo. En España, Quintana (1772) pertenecería a ese primer grupo cronológico cercano a la fecha de nacimiento de Frasquita, mientras que a Cadalso (1741) y a Meléndez Valdés (1754) habría que adscribirlos al segundo.

Ya en el siglo XIX se tuvo conciencia de que el romanticismo no era una estética genuina de esa centuria y de que era preciso volver la vista al XVIII para explicar el surgimiento del movimiento. Hartzenbusch, en un artículo sobre la literatura de la primera mitad del XIX, destacó tres argumentos fundamentales, a mi entender. Primero, defendió la convivencia de dos estéticas diferentes, la neoclásica y la romántica aludiendo a la presencia en un mismo tiempo de obras de Lafontaine y Victor Hugo, de Arriaza y Espronceda, Chénier y Byron, etc. Incluso apunta el orador del Ateneo que en el seno de un mismo escritor es posible distinguir producciones que obedecen a diferente sensibilidad, como en el caso de las tragedias de Casimir Delavigne (1793-1843) *Le Paria* (1821), de timbres románticos y *Louis XI* (1832), literatura moderna, pero sin salir de las formas clásicas, según la feliz definición que se lee en la reseña de la poco exitosa representación madrileña, publicada por Bermúdez de Castro el 12 de abril de 1836 en *La Revista Española*. En segundo lugar, relacionó los cambios de rumbo de la estética con el advenimiento de grandes acontecimientos históricos. En este sentido, señaló el movimiento revolucionario francés como el hito más des-

tacado de la nueva sensibilidad romántica⁹. Finalmente, reconoció que esta «empezó a brotar desde el mismo siglo pasado»¹⁰.

En la conformación de las ideas de Frasquita, el viaje es mimbres necesario. En el plano metafórico, el desplazamiento de unos lugares a otros es imagen del constante movimiento que caracteriza el devenir de hechos y la mudanza de costumbres, estéticas, lenguas, ideas políticas, etc. En el plano real, los viajes sirvieron a Frasquita para pertrecharse de primera mano de valiosa información, así como para introducir la perspectiva en su valoración de los hechos que observa. A través de cartas y diarios sobre todo, el lector actual puede ir penetrando en la experiencia de la gaditana y en la relevancia de aquella para entender mejor su pensamiento.

Probablemente, Frasquita se sintió muy impresionada por la última obra de Mary Wollstonecraft (1759-1797) *Cartas escritas durante una corta estancia en Suecia, Noruega, y Dinamarca* (1796). Orozco Acuaviva, en su edición de los papeles de Larrea depositados en el Archivo privado de la familia Osborne, incluyó un autógrafo de la gaditana que contiene desde parte de la carta quinta hasta la vigésima (la obra inglesa está compuesta por veinticinco cartas). El editor creyó que era obra original de la gaditana donde se relata su estancia en el norte de Europa, que, según él mismo especula, pudo

⁹ Así lo explicó Hartzenbusch: «Pero a fines de este mismo siglo XVIII vino un grande acontecimiento a combatir aquellos dos principios constitutivos de la sociedad de entonces y a preparar un nuevo carácter a la literatura, porque variando el estado social, forzosamente habia de variar la literatura que es su expresión. La revolución de Francia engendró o divulgó una porción de ideas, que admitidas o combatidas o modificadas, ocuparon la actividad intelectual de todo el mundo. Sobrevinieron guerras luego que ocuparon los brazos con armas, con odio y amor patrio los corazones. Desasosegado el viejo y el nuevo continente, desde aquella época distribuidas sus provincias de otra manera, habiendo desaparecido estados, habiéndose formado otros nuevos, habiéndose cambiado y alterado el orden político en muchos, la literatura no podía ser la que antes porque una gran parte del mundo era ya otra» («Sobre el carácter de la literatura contemporánea. Apuntes leídos en el Ateneo científico y literario de esta Corte», *Revista Literaria de El Español*, 26 de abril de 1847, págs. 258-259).

¹⁰ Juan Eugenio HARTZENBUSCH, «Sobre el carácter de la literatura contemporánea. Apuntes leídos en el Ateneo científico y literario de esta Corte», pág. 258. En el mismo lugar, el autor reconoce la dificultad de llegar a una explicación satisfactoria sobre el carácter propio de la literatura de esa primera mitad de siglo. El Ateneo había acogido diferentes conferencias sobre el tema.

tener lugar aprovechando una de las visitas a Alemania de Frasuquita, aunque ni coinciden las fechas ni parece verosímil que la española abandonara a su familia en Alemania para adentrarse sola en los confines de Escandinavia (págs. 39-40). Se trata, sin embargo, de una traducción al español del libro de la escritora inglesa más valorado en su época. El motivo del viaje, las impresiones del paisaje en el alma de su contemplador, el significado de los aspectos del vivir en diferentes países, la opresión de las mujeres, el sistema político, el debate estético, la importancia de la fantasía y de lo sublime en el arte, la configuración imaginaria del lugar romántico, etc. comparecen en las cartas de Wollstonecraft y encandilaron a buen seguro a nuestra autora.

En una de las cartas precisamente, la autora inglesa alude a la experiencia de viajar como un modo de conocimiento de lo ajeno: “Los viajeros que exigen de todas las naciones que se parezcan a la suya, mucho mejor harían de quedarse en sus casas” (pág. 147). Siendo esto así, considera que la perspectiva es necesaria para el debate:

Yo pienso [escribe en la misma carta] que el servicio más importante que los autores pueden hacer a la sociedad, es promover las averiguaciones y la discusión, en vez de hacer aserciones dogmáticas, que solo parecen estar calculadas para ceñir el entendimiento con cercos imaginarios, así como el globo de papel que figura el que habitamos (pág. 148).

El viaje forma parte de lo que ella denomina el “espíritu de investigación”, signo de la “edad presente” y medio para apartarse de la vieja idea de que los caracteres nacionales son inmutables (pág. 148).

El relato del viaje viene jalonado por las reflexiones que los lugares, los personajes históricos asociados a estos y las personas que va conociendo generan en la escritora. Cuando llega a Friederistall (Fredrikshald, la actual Halden noruega) repara en que allí perdió la vida Carlos XII, el Alejandro del Norte, hecho que le da oportunidad de opinar sobre el monarca.

Wollstonecraft saca conclusiones propias a partir de su experiencia personal recalcando que esta es tan valiosa como la ajena. Valga un pequeño ejemplo como muestra. Al navegar por la costa noruega, la inglesa advirtió que allí no había mareas y por tanto tampoco playas de arena. “Quizás –aclaró- esta observación se ha

hecho antes pero a mí no me ocurrió hasta que observé que las olas batiéndose continuamente contra las peñas no dexaban en su retroceso sedimento alguno” (pág. 150). El propósito de sus observaciones y reflexiones no es el bosquejo de un carácter nacional, sino la presentación del estado presente de la moralidad y de las costumbres de los lugares que recorre y su grado de progreso en el contexto mundial (pág. 207). No es extraño que se comparen países, regiones, ciudades, etc. Incluso ella misma reconoce que ha podido errar en alguno de sus juicios emitidos sobre un país, pues, de haber tenido la oportunidad de compararlo con otros, su opinión se habría modulado:

Si por vía de complemento a una buena educación, se adoptase el viajar sobre un fundamento nacional, se debería empezar por los estados del Norte antes de las partes más cultas de Europa para que sirviesen de elementos hasta de las costumbres que solo se adquieren trazando las varias sombras de los diferentes países. Pero no se le debería permitir a una simpatía del momento, influjo alguno en las conclusiones del entendimiento; pues la hospitalidad suele con demasiada frecuencia inclinar a los viajeros, especialmente los que viajan por diversión, a hacer un falso aprecio de las virtudes de una Nación, las que, estoy ahora convencida, tienen una exacta proporción con sus progresos científicos (pág. 207).

En otras ocasiones, el trato con los extranjeros la hace reflexionar sobre su condición de mujer, el hecho de que, en este caso, realice el viaje en solitario, la añoranza de su familia (de su hija en este caso):

Una mujer viajando sola les interesaba [a los noruegos] [...] Esta simpatía que yo inspiraba, cayendo, por decirlo así de las nubes en un país extraño, me afectó más de lo que hubiera hecho si mi espíritu no se hallase abatido por varias causas [...] y aún por una especie de débil melancolía que se había apoderado de mi corazón al separarme por primera vez de mi hija [...]. Tengo más que el amor y el anhelo de una madre quando reflexiono en el estado de dependencia y opresión de las mujeres (pág. 150).

No desaprovechó la oportunidad de realizar una serie de comentarios sobre política. Los noruegos le parecen la sociedad de hombres más libres que ha conocido (pág. 154); el reparto de tierras entre la población y el sistema hereditario que obliga a repartir entre los hijos la fortuna personal son para Wollstonecraft ejemplo de una sociedad equilibrada (pág. 154). Sobre los daneses opina que estos aman a su príncipe hereditario, quien es clemente y juicioso (pág. 156). Para justificar este parecer, nuestra escritora ofrece un fogonazo sobre la pena de muerte, asunto que venía a ser muy traído a colación a la hora de calibrar el estado de progreso de una sociedad. Relata sucintamente cómo el príncipe había exonerado de la pena capital a una madre que había asesinado a su hijo bastardo. Libre del castigo, la mujer se casó y fue buena madre. Distingue entonces la inglesa entre los actos fruto de la desesperación y los debidos a la depravación. La protagonista de la anécdota había sido autora de uno clasificable en el primer tipo. Concluye su repaso por la política danesa y noruega afirmando que los habitantes de esos países son los menos oprimidos de Europa (pág. 157).

La contemplación del paisaje de los lugares visitados estimula sobremanera la sensibilidad de la escritora inglesa. La importancia de la sensualidad, de la contemplación nocturna y de la fantasía para la creación de la imagen poética anuncian un nuevo escenario estético por el que Frasquita Larrea sentiría predilección al leer estas cartas:

La continua concurrencia de estos bosques de pinos y sabinas [en Tonsberg, Noruega] suelen aburrir la vista de día, pero al anochecer son más pintorescos (traducción del inglés *picturesque*), o por mejor decir están mas calculados para producir imagenes poéticas. Al pasar entre ellas se ha apoderado de mi una especie de mística reverencia y de hecho por decirlo así homenaje a sus venerables sombras —no eran ninfas sino filósofos los que parecían habitarlas, en tranquila meditación- apenas podía concebir estuviesen sin alguna persuación íntima de su propia existencia, sin un convencimiento satisfactorio del placer que infundían.

Quantas veces me han producido mis sensaciones ideas, que me han recordado el origen de varias ficciones poéticas. En la soledad la imaginación procrea libremente, y arrobada adora los seres de su propia creación (pág.167).

La naturaleza ya no es ideal e inmutable, sino que obedece a las particularidades físicas y meteorológicas de las naciones. En el caso de Noruega, Wollstonecraft afirma: “Me encantan los paisajes romancescos que contemplo diariamente” (pág. 169). Y más adelante añade: “Todo lo que excita la emoción me encanta” (pág. 170), aunque insiste:

El cultivo del entendimiento acalorando y aun casi creando la imaginación, produce el buen gusto y una inmensa variedad de sensaciones y emociones que participan del exquisito placer que inspira lo bello y lo sublime (pág. 170).

En otras cartas, vuelve a usar el adjetivo *romancesco* (que la gaditana usa para traducir la forma inglesa *romantic*) para aludir a la apariencia de algún elemento de la naturaleza. En este caso, la inglesa se refiere a una angostura entre las rocas (pág. 174). En otra ocasión se emplea para describir un camino (pág. 190). También Wollstonecraft lo aplicó al Norte de Noruega por la abundancia de este territorio de montes y lagos y por el carácter de sus moradores, todo lo cual la hace volver a la Edad de Oro por despuntar en aquel tiempo mítico la independencia y la virtud, la riqueza sin vicios, el cultivo del entendimiento sin la depravación del alma (pág. 189). Y aprovecha para lanzar una puya contra la emergente burguesía, que acumula riquezas gracias al comercio y a otras actividades especulativas: “La tiranía de las riquezas es aún más amarga que la de la nobleza” (pág. 189). Suecia le parece asimismo un país romancesco, poco poblado y pobre (pág. 197).

El contraste con la agreste y despoblada Europa nórdica queda manifiesto en los fragmentos que se conservan relativos a los viajes de Frasquita por Inglaterra, Francia y Alemania. La naturaleza amaestrada por la mano humana que se presenta al espectador en los diferentes jardines de las ciudades inglesas y francesas que visita nuestra autora, la variedad de espectáculos sociales de entretenimiento que se ofrecen en las grandes ciudades, a los que ella tiene ocasión de asistir, así como la concentración de personas de valía artística, literaria y política que favorecen la conversación y el debate son asuntos que Frasquita va repitiendo aquí y allá en estos textos en que compara el estado de progreso de estos tres países atendiendo sobre todo al grado de urbanidad, al desarrollo científico, al modo

y los medios de entretenimiento, a las vías de comunicación y a las costumbres, moral y política. He aquí un fragmento del relato de su visita a los jardines de Plymouth con sus falsas ruinas donde Frasnquita echa de menos la naturaleza silvestre de Andalucía:

Pasamos por los grounds o parque, antes de entrar a los jardines [...] ¡Cuánto más bello, cuánto más grandioso me pareció el parque que estos famosos jardines! ¡Qué mezcla tan magnífica de bosques, columnas y extremos puntos de vista! (pág. 279).

En cuanto a urbanidad y entretenimiento, este pasaje de su estancia en París resume bien las observaciones de la gaditana sobre estos asuntos:

El lunes fuimos a comer a casa de Mr. A. A la noche nos llevaron a un varietés, por no darse aquella noche cosa interesante en los grandes teatros. Yo me alegré por las niñas, que efectivamente se rieron mucho con las farsas de Brunel. El martes por la mañana fuimos con Mr. D en busca de nuestros pasaportes, y de camino nos paseamos en las Tullerías, cansado y fastidioso paseo cuando uno viene de admirar Hyde Park y sus hermosos jardines de Kensington. A la noche fuimos a la gran ópera. Daban *Alceste* y el baile de *Alexandre chez Apelle* [...] Partimos llenas de agradecimiento hacia las gentes que con tanta urbanidad nos habían tratado (pág. 287).

Del mismo modo que las estancias europeas, los viajes más cercanos circunscritos al espacio de Andalucía tienen interés para entender las ideas de la gaditana. En las cartas enviadas desde Arcos de la Frontera en su primer viaje allí se revela su concepto de verdadera ilustración basada en la limpieza de sangre y en la honradez (pág. 353). En el diario del segundo viaje, la autora enarbola el tópico del menosprecio de corte y alabanza de aldea entendido aquí con clara intención política:

¡Cuánta más felicidad doméstica se ve en estos pueblos sencillos que tienen la fe del carbonero y que no saben más

de lo que supieron sus abuelos, que en las ciudades ilustradas por la filosofía, las ciencias y las artes! (pág. 408).

Por coincidir su primer viaje con el levantamiento de Riego y el consiguiente apagón absolutista, Frasquita insiste en presentar a las gentes sencillas de este pueblo como ejemplo de patriotas y de verdaderos españoles. Un lugareño le dice a nuestra autora:

Señora, los franceses fueron una grande lección para nosotros; nos patentizaron que Dios puede más que pueblos y ejércitos; él nos libertó entonces milagrosamente; él nos libertará siempre, porque los Españoles nunca hemos dejado su ley, y esto le obliga a defendernos, etc. (pág. 354).

Mientras que Wollstonecraft valoró negativamente la falta de instrucción y de urbanidad de las gentes que habitan diseminadas poblaciones del norte de Europa, ajenas a las luces del conocimiento, la ciencia y la literatura, Frasquita Larrea considera que los moradores de los pueblos andaluces que visita son depositarios del verdadero carácter español y poseedores de entendimiento natural. Se puede leer esta opinión de Frasquita en el diario de su viaje a Bornos y a Ubrique de 1824 y en el dedicado a su viaje a Arcos y a Bornos de 1826. En ambos, el relato adopta muchas veces la forma del cuadro romántico de costumbres. Es sabida la eficacia de este género en la defensa de lo nacional y la difusión de valores comunes capaces de servir de argamasa para una comunidad. Con provecho se sirvieron del género en Europa y en América. En este último continente, una legión de escritores de las recién nacidas repúblicas se afanó por difundir a bombo y platillo las costumbres propias en la creencia de que sin costumbres no habría patria. El talento de Frasquita y su capacidad para servirse de la literatura en beneficio de la causa que ella siempre defendió comparecen en este texto en que el escrúpulo de la escritora hace de la crónica de su viaje un texto literario de cuidada elaboración. La presentación de los lugares, la descripción de la naturaleza y la introducción de constantes situaciones protagonizadas por diferentes personajes de variada condición hacen amena la lectura de estas páginas. El diario, pues, debe obedecer a la fuerza de la imaginación:

Cuatro días hace que he abandonado mi Diario, no por falta de objetos que describir, pero la imaginación no siempre se contenta con las imágenes exteriores; a veces se mete en la región del pensamiento, y este clima la abruma y la rinde. ¡Qué dichoso es el poeta! ¿Qué son para él los verdaderos males de la vida cuando la naturaleza, a favor de su superabundante fantasía, le crea por todas partes un mundo ideal que ve y adorna como quiere? (pág. 365).

Frasquita presenta el pueblo de Bornos como quintaesencia de lo español, católico, monárquico y galófobo. A estas cualidades atribuye la viajera el hecho de que la población se hubiera zafado de la epidemia de fiebre amarilla que había castigado con fuerza la comarca. Según Frasquita había podido leer en un manuscrito que el vicario de la localidad le había entregado, Bornos era “tan fiel a su soberano, tan amante de su religión, tan favorecido de la naturaleza”, pero, al contrario de lo que se podía esperar, tremendamente pobre. El autor del manuscrito expresa su deseo de que la situación de este pueblo llegue a oídos del rey, pero Frasquita, que no da puntada sin hilo, atribuye la mala situación económica de los habitantes de este territorio a la excesiva contribución que le impuso el sistema liberal (págs. 373-374). La escritora señala las mismas cualidades patrias en los habitantes de Ubrique:

Ubrique padeció mucho en la guerra de la independencia y por consiguiente había de padecer mucho también en el sistema constitucional. El mismo sentimiento de religioso patriotismo que produjo en toda esta sierra prodigios de valor contra los que venían a destruir su antiguo culto y sus antiguas costumbres, debía precisamente armarla también contra las novedades liberales (pág. 383).

A la hora de describir al más ilustre hijo de esta población, Larrea echa mano del modelo de héroe romántico destacando de aquel: “Un carácter incommovible, una genialidad austera, unas costumbres graves, sobrias y religiosas, un total desprendimiento y una humanidad perfecta” (pág. 383). Como ejemplo de entendimiento natural, la viajera anota el caso de los serranos de Ubrique, reparando en que estos representan al pueblo español cuyo buen juicio

no es de origen libresco sino religioso (pág. 386). Puede ser que la autora aprovechara esta ocasión para responder al conocido sonsonete afrancesado de la incultura del pueblo español. Rápidamente, la acalorada imaginación de Frasquita inventa una asociación entre estas gentes y los antiguos españoles, cuyo rastro puede seguirse en nuestro vasto romancero:

Los modales de estos serranos son tan honrados, su naturaleza tan sobria, su genialidad tan alegre, su fe religiosa tan firme, su valor tan impertérrito que continuamente me representan aquellos antiguos españoles que ya no se conocen sino en los romances (pág. 392).

Analizar estos juicios de Frasquita desde la distancia puede, en ocasiones, hacernos ver aquel tiempo de entresiglos de forma diferente a como lo vivieron sus protagonistas, pues tanto la perspectiva de que nosotros gozamos, como los clisés historiográficos contribuyen a que nuestra percepción de los sucesos históricos sea más nítida que la experimentada por los contemporáneos. De ahí que constantemente la investigación vaya revelando la relatividad de las clasificaciones y marbetes al uso y llamando la atención sobre fenómenos que escapan al rigor de estos. Un ejemplo significativo correspondiente al tiempo en que vivió Frasquita es la interpretación e incluso la denominación de la Guerra de la Independencia¹¹.

El paso de las décadas ayudó a la consolidación de algunos movimientos estéticos, como el romántico; y a la extensión y universalización de fenómenos políticos como el liberal. Ambos, sin embargo, se fueron gestando en convivencia, y hasta diálogo a veces, con la Ilustración y el sistema político del Antiguo Régimen, que sirvieron de caldo de cultivo de las nuevas sensibilidades. No es extraño, pues, que Larrea, en un contexto incierto y movedizo, fuera comparando las novedades estéticas y políticas que se le brindaban con los principios que ella había ido adquiriendo en sus años primeros de

¹¹ Frasquita se refiere a ella tanto por ese rótulo como por el de nuestra revolución. Como muestra, véanse los trabajos de José ÁLVAREZ JUNCO, «La invención de la Guerra de la Independencia», *Studia Historica-Historia contemporánea*, XII (1994), págs. 75-99; y *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001, págs. 119-129; y Antonio ELORZA, «Despierta España. 1808. Nacimiento de una nación», *La Aventura de la Historia*, 86 (2005), págs. 20-29.

formación. Su campo de observación fue mayor que el de la mayoría de sus coetáneos por su conocimiento de lenguas extranjeras y de otros países, lo que le había permitido estar a la última tanto en la literatura europea occidental como en las costumbres y los caracteres de diferentes naciones. Lo dejó escrito en la perspicaz respuesta que dio a los censores de su *Fernando en Zaragoza. Una visión* (1814) por si a estos se les hubiera pasado por la cabeza que las opiniones de la autora eran infundadas:

Sin más estudio escribí sencillamente y *sin ironía*, no tanto *mi* opinión (que esta podría parecerme dudosa) sino lo que había oído en Inglaterra, Francia y Alemania a hombres de letras, lo que había leído en autores estimados y lo que coincidía con mis deseos de conciliar los extremos que la mayor parte de los papeles públicos declaran existentes (pág. 308)¹².

El choque entre lo nuevo y lo viejo se resolvió muchas veces bajo el formato de la polémica, no siempre pública, sino también privada, amparada en el secreto de su correspondencia, o al socaire de su propio hogar, donde reúne a diferentes contertulios. De las cartas conservadas se puede decir que la escritora vive en constante debate interior, pues su espíritu crítico la hace receptiva a la novedad, al contrario de lo que se ha dicho muchas veces de ella, alimentado por algunos comentarios del propio Juan Nicolás Böhl de Faber (1770-1836), que la presentaba como una mujer tozuda y encerrada en sus propias convicciones, incapaz de sopesar las bondades de las ajenas.

¹² Frasquita recurre muchas veces a una suerte de *captatio benevolentiae* mediante la cual se pone ante su destinatario en posición de inferioridad, en este caso por considerar su opinión menos fundada que la de personas más formadas que ella. En otros casos, es su condición de mujer la que presenta como causa: «Yo quisiera hacerle a V. olvidar que soy mujer y que mirase mi plegaria como una especie de inspiración del buen espíritu, para que, desatendiendo mis palabras insignificantes, se dejase persuadir por los sentimientos que me las inspiran» (Al autor de *El Español* [Blanco White] [1814] (págs. 315-316). Sobre la libertad de imprenta, véase Marieta CANTOS CASENAVE, «Las mujeres y la libertad de imprenta en tiempos de las Cortes de Cádiz», en Elisabel Larriba y Fernando Durán (coords.), *El nacimiento de la libertad de imprenta: Antecedentes, promulgación y consecuencias del Decreto de 10 de noviembre de 1810*, Sílex, 2012, págs. 345-362.

Lo que dice de su personaje Ela, protagonista del relato homónimo de 1807 bien se podría aplicar a ella misma: «Examinaba libremente toda opinión antes de apropiársela» (pág. 251). En el terreno de la estética, al menos, se decantó por la asimilación de nuevas ideas, que entraron en conflicto con las suyas.

Frasquita Larrea ha dejado en sus escritos un valioso y vivo testimonio de la incertidumbre que dominaba el tiempo que le tocó vivir. En efecto, la gaditana conoció el desmoronamiento del Antiguo Régimen y el advenimiento de un nuevo orden político y social caracterizado por una serie de cambios que se irían plasmando finalmente en el texto constitucional de 1812. La preocupación de nuestra escritora por que el absolutismo pudiera ser sustituido por nuevos regímenes nacidos de la Revolución francesa y alimentados por el liberalismo francés ha quedado patente en muchas de sus cartas, diarios de viaje y obras de ficción. La identificación del carácter francés con el liberalismo y del español con el absolutismo la llevó a subrayar el dechado de la verdadera *ilustración*, que radicaba fundamentalmente en la defensa de los valores nacionales, depositados en las costumbres y en la sabiduría popular, frente a las ideas y novedades que llegaban de Francia. Son exquisitas las estampas que Frasquita pergeñó retratando a los auténticos españoles que moraban en pequeños pueblos rodeados de naturaleza y que han conservado las tradiciones y creencias de sus antepasados frente al parecer de los modernos, que, habiendo renegado de lo propio, se han echado en brazos de ideas extranjeras. No deja de sorprendernos que una mujer estuviera al día de las novedades y los acontecimientos de su tiempo, así como que tuviera opinión muy bien informada sobre asuntos políticos. Sin duda, su conocimiento de lenguas extranjeras y sus viajes nacionales y europeos contribuyeron a nutrir el caudal de noticias que Larrea iba atesorando. En la obra de Frasquita se halla asimismo el testimonio de cómo, en un momento en que toda empresa venía a tener un desenlace incierto, ella se siente segura defendiendo a Fernando y la monarquía hereditaria y cristiana, que ella hizo deudora de Carlos III y su reinado. En otro orden de cosas, Frasquita conoció los tira y afloja entre seguidores y detractores del clasicismo. Estos últimos fueron mirando con buenos ojos la versión germinal dieciochesca del movimiento que los Böhl-Larrea denominaban *romancesco*. En aquellos años de zozobra, jalonados en España por la Guerra de la Independencia y la invasión

napoleónica, los escritos conservados de nuestra autora muestran su interés por debatir sobre la actualidad política y estética. Al amparo de las polémicas en que iba participando, la gaditana incardinó los principios estéticos que defendía en su ideología, y con auxilio de una poderosa fantasía, creó la estampa de una idealizada monarquía española romántica de mimbres germanófilos que debía hacer frente a los avances del liberalismo de origen francés. Por esa razón participó en la polémica que su esposo había encabezado contra el joven afrancesado Mora, quien, habiendo escrito romances que emocionaron a Frasquita por su inspiración patriótica, en los años de esta polémica se puso a favor del clasicismo y en contra del romanticismo conservador de Böhl. Se percibe con fuerza el entusiasmo de Frasquita por las ideas de Schlegel y la capacidad de la gaditana para vislumbrar el eco que las *lecciones* vienesas de August irían alcanzando a partir de haberse oído en 1808. La defensa de la imaginación, así como el uso de visiones, sueños, descripciones nocturnas y viajes, motivos todos cercanos a la nueva sensibilidad romántica, pero también deudores de la tradición literaria, nos muestran a una escritora deseosa de acoger en su obra las posibilidades que ofrecían tales recursos y su acercamiento a la literatura romántica. Sirviéndose de todos ellos, Frasquita quiso que su voz prevaleciera en sus escritos, que su opinión quedara patente en ellos y finalmente que sus preferencias estéticas se dejaran ver en sus creaciones. Aunque la España imaginada por Frasquita no tenía muchas posibilidades de convertirse en un proyecto real de país ni su idea de un carácter español depositado en la antigua literatura podía servir para explicar las cada vez más complejas relaciones entre los diferentes grupos sociales que iban saltando a la palestra con sus intereses y servidumbres, el debate decimonónico en torno al modelo de nación y al lugar que la literatura debía ocupar en la conformación de esta comparece en la obra de la gaditana revelando con exactitud la inestabilidad que caracterizó ese periodo de entresiglos crucial para nuestra historia reciente y nuestra literatura moderna.